



## CAPÍTULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

**U**EGO que Don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre, y todas las puertas que le resguardaban. Hecha esta diligencia salió de casa muy placentero por haberse grangeado tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á encaminarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo esplicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme y temblar á su vista. Él tambien me conoció, llegóse á mí gravemente, y conservando todavía su aire de superioridad, me mandó le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo:—¡Pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¡A dónde me llevará? puede que tenga en esta villa alguna cueva oscura. ¡Diablo! si tal creyera, en este mismo momento le haria ver que no tengo gota en los piés. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde pararia, con intento de huir de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y desvaneci6 todo mi temor. Entróse en una famosa taberna; seguíle: mandó traer del mejor vino, y dispuso se hiciese comida para los dos. Mientras tanto nos metimos en un cuarto, y así que el capitan se vió solo conmigo, me habló de esta suerte:—Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero mas te admirarás cuando hayas oido



lo que te voy á contar. El día que te dejé en la cueva, y marché con mis compañeros á Mansilla á vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de cuatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguían su coche. Acometimoslos: dimos muerte á dos de ellos, y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero hiciésemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les enardecieron mas.—Señores, dijo uno, no dejemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¡A cuántos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Venguémoslos, y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo, y hasta mi teniente iba ya á ser el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo.—Aguarda, le dije; ¡á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad matarle; fuera de que él no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes.

Intercedí, pues, por el hijo del corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Solo le cogimos todo el dinero que llevaba, y juntamente nos apoderamos de los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendimoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvímonos despues á nuestro soterráneo, á donde llegamos el día siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco atónitos de ver levantada la trampa, y mucho mas de encontrar á Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; nunca te hubiéramos creído capaz de jugarnos semejante petardo, y te perdonamos el chasco en gracia de la invencion. Luego que desatamos á la cocinera, le dí orden de que nos compusiese bien de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro, que en veinte y cuatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya del todo el conocimiento, y nos pareció un caso tan desesperado el suyo, que, á pesar de nuestra buena voluntad, desamparamos á aquel miserable que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dejamos de sentarnos á la mesa; y despues de haber almorzado grandemente nos retiramos á nuestros cuartos, donde estuvimos

durmiendo ó descansando todo el dia. Cuando despertamos nos dijo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la covacha donde te acordarás que dormias, y allí le hicimos el funeral, como si hubiera tenido el honor de ser uno de nuestros compañeros.

Al cabo de cinco ó seis dias sucedió que, habiendo hecho una salida, encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres cuadrillas de la Santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrimos mas que una. No la temimos; y aunque superior en número á nuestra tropa la atacamos; pero al tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros y nos rodearon de manera, que de nada nos sirvió nuestro valor. Fué necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, cercados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos cuadrillas nos llevaban presos á Leon, la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que fué descubierta del modo siguiente: atravesando el bosque un labrador del lugar de Luyego volviendo á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva que dejaste abierta el mismo dia que te escapaste con la señora, y sospechó que aquella era nuestra habitacion, y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta estar fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor, por quanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar las tres cuadrillas para prendernos, y les dió por guia al labrador que habia descubierto el soterráneo.

Mi llegada á la ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general portugues<sup>1</sup> hecho prisionero de guerra, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme.—Aquel es, decian, aquel es el capitán, y el terror de toda esta tierra: merecia ser atenaceado, y no menos sus dos compañeros. Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó á insultarme:—Ya lo ves, malvado, me dijo; el cielo cansado de tus delitos te ha entregado á mi justicia.—Señor, le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mí me lo debe; y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento.—¡Ah infame!

<sup>1</sup> Véase la nota pág 124.

replicó, sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Dicho esto nos mandó meter en un calabozo, donde no dejó podrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en la plaza mayor. Por lo que toca á mí, estuve tres semanas enteras en la cárcel. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para que fuese mas terrible; y en fin, cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dijo:—Oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran beneficio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete á donde quieras; pero creeme, añadió, aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Vuelve en tí, y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componian la cuarta parte de lo que debia heredar. Pero ¿qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito, sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros por decoro se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todos tienen interes en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los demas; lleve el diablo al mejor. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte mi corazon. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh, y quanto echo de menos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de ecksonerarme de este empleo, y desaparecer el dia menos pensado para retirarme á las montañas que están en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, iremos á aumen-

tar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitán de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de tí que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haría sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

—Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando; vd. es inclinado á las empresas árdas y peligrosas, y yo á una vida tranquila y sosegada.—Ya te entiendo, me interrumpió; aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste, la tienes todavía muy dentro del corazón; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinación. Confiesa con sinceridad que, despues de haberle restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva.—Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz.—Ya que tienes un corazón tan vil y bajo que prefieres tu servil condicion, al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones: mas escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llevo á saber que alguna vez has hablado de mí..... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al tabernero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.



## CAPÍTULO III.

Deja Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un elegante.



ALIMOS de la taberna, y cuando nos estábamos despidiendo uno y otro pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitán. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante sugeto. A la verdad, la traza de Rolando no escitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña; y aunque no de desgraciada figura, tenia no sé que trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Cuando Don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé muy prevenido contra la catadura del capitán, y propenso á creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él, si me hubiera atrevido á referírselas.—Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel pajarraco con quien te ví poco hace?—Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo:—Toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercia yo la medicina.—¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez